tro su paisaje mental no incluía al jardinero, de hecho lo enterraba.

El jardinero afirmó que renunciaría.

—Será lo mejor para todos –y sin darle siquiera la mano el patrón aceleró alborotando el polvo güero del baldío. El trapero salió tras el Acura sin lograr alcanzar la ganada propina.

Acaso el ex jardinero estaba enamorado, o se le metió como capricho, o pensó que algo así no debía dejarlo pasar, o no falta quien dice que la mano del diablo tuvo que ver. Días después Everardo se plantó afuera de la residencia y esperó al patrón. Lo interceptó al verlo salir sin Romualdo.

—Lo nuestro no puede ser, qué cursilería.

—Al menos, que nos viéramos un día… en el Bardahl.

—Dirás una noche. No lo sé, por aquí no vuelvas, y si no te das cuenta del peligro estás bien pendejo.

Acaso símbolo, el Acura azul salió a escena cuando nadie se lo esperaba.

—Papá, ¿qué no habías corrido a ese güey?

En ese momento el jardinero sin más explicación se echó a correr sin parar. Padre e hija, en sus vehículos, se retiraron a cumplir con las obligaciones.

Everardo consiguió empleo de administrador de un reloj checador en una caseta de peaje. A veces trabajaba de noche y volvió a sentir un frío que no padecía desde su infancia en la colonia Niños Héroes en Monterrey. Una noche, camino a casa, se desvió a San Pedro Garza.

Transcurría en previsible ostracismo una cena de la empresa en casa del mayor inversionista. Cosa rara, Esteban y Camelia cenaban sentados junto a la primera fila de Envases Prisma. El ex jardinero timbró a la puerta y pidió hablar con el patrón. Romualdo, sin dejarlo pasar, habló con don Ezequiel, quien le mandó decir que no tenía nada que hacer ahí, mensaje que transmitió el chofer entregándole mil pesos que le mandaba el señor.

—Dile que me los voy a emborrachar en el Bardahl.

—Haz lo que quieras pero por aquí no estés dando lata.

—Si tú supieras canijo…

—No sé ni me interesa, pero vete y ya no vuelvas.

Aunque todos se retiraron antes de las doce, los taimados vicepresidentes salieron más o menos ebrios. Don Ezequiel era el más borracho, aunque casi no habló. Aceptó cómo era: con su alma era sólo un esqueleto. Dando vueltas en la cama vio el despertador que a medias podía distinguir por los cabellos alborotados de su mujer que estornudaba dormida y que como siempre, hablaba sola. Reconoció que eran las tres y media.

Despertó al chofer y le pidió que prepara su auto. En el camino explicaba sin mirarlo.

—En la ley no se puede confiar. Además, ¿para qué? Lo mejor es solucionar nuestras cosas solos.

—¿Solos, quiénes patrón?

—Se nota que no entiendes nada. Bájate aquí, regrésate a la casa. Sé cómo arreglármelas solo.